

Las elecciones de 1973 en Argentina. Una mirada desde las prácticas sociales

Laura Luján LUCIANI
Universidad Nacional de Rosario

“Presumo que la política, al igual que las ciudades, está hecha de deseos y de miedos”¹.

Con esta cita, Lechner nos invita a pensar un lugar diferente para la política, desde las angustias, temores, ilusiones individuales y colectivas. Fue una frase escrita antes de que finalizara una de las dictaduras que más perduró en el tiempo latinoamericano, la del dictador Pinochet en Chile, o la instaurada por las Juntas Militares en Argentina, colapsando, por múltiples factores, luego de la guerra de Malvinas. Podríamos pensar en la democracia como deseo, pero también como miedo de quienes transitaban las calles a principio de los años 80 en cualquier ciudad de esos y otros tantos países donde las dictaduras sobrevivían². Para entonces, el debate sobre regímenes autoritarios y transiciones a la democracia tenía ya su camino. Un camino que construía modelos, análisis y reflexiones que pensaban las instituciones del estado, el rol de las Fuerzas Armadas, los *enclaves autoritarios*, pero dejaba poco lugar a los deseos, a los modos en que la posible salida era pensada, leída, imaginada por los sujetos sociales que la transitaban.

Este artículo pretende recoger la sugerencia del politólogo chileno cuestionando en un sentido doble esos análisis ya clásicos sobre las transiciones a la democracia. En primer término, porque no vamos a trabajar sobre los procesos de transición en los años 80 sobre el cual abunda bibliografía, y que ha sido central en la configuración de los modos de pensar la temática en la mayoría de los países del cono sur y



Artículo recibido el 8-9-2018 y admitido a publicación el 28-11-2018.

1. Norberto LECHNER, *Los patios interiores de la democracia*, Santiago de Chile, FLACSO, 1988, p. 13.
2. El temor así como el deseo han sido modos de construir sentidos en torno a las dictaduras y sus finales. No es azaroso que una de las representaciones más frecuentes sobre las sociedades en dictaduras se asocie oscuridad y miedo y que esas representaciones hayan permeado incluso algunos análisis provenientes de las ciencias sociales. Ver Juan CORRADÍ, Patricia WEISS FAGEN y Manuel GARRETÓN (eds.), *Fear at the Edge. State Terror and Resistance in Latin America*, University of California Press, Berkeley and Los Angeles, 1992. Asimismo, la vuelta a la democracia fue asumida como la posibilidad de renovación de esperanzas y anhelos. En ese sentido quizás la imagen más significativa la constituyeron las campañas del No en Chile. Ver “Campaña del NO, 1988” <https://www.youtube.com/watch?v=moKI_NTqSg0> (consulta el 12-11-2018). Si bien la lectura que proponemos en este artículo lejos está de pensar en clave binaria o esquemática procesos sociales y políticos tan complejos como son las transiciones a la democracia, consideramos que es necesario recuperar las múltiples apropiaciones individuales y colectivas de las experiencias políticas vividas.

fundamentalmente en Argentina³. Por el contrario, nos centraremos en analizar una experiencia de transición previa, aquella que marcó el fin de la dictadura autodenominada *Revolución Argentina* (1966-1973) y dio paso al tercer Gobierno peronista (1973-1976)⁴. Específicamente, nos enfocamos en el periodo que recorre de mediados de 1972, cuando era posible el regreso de Juan Domingo Perón al país, y septiembre de 1973, momento en que se realizaron las elecciones que lo llevaron a la presidencia, interregno singular de crisis del régimen militar y apertura política.

Iniciamos el recorrido a través de los modos en que la historiografía ha pensado esa coyuntura, generalmente incorporada en una temporalidad más amplia para luego indagar respecto de los posicionamientos que el fin de la dictadura y la apertura política plantearon a las agrupaciones de la *nueva izquierda*⁵. Asimismo, nos interesa analizar la gestación de demandas de ampliación de derechos que se produjo en diversos ámbitos (educativos, gremiales, barriales, políticos), articulando en un mismo giro proyecto revolucionario y apertura democrática. En definitiva, la pregunta por las elecciones de

3. Los estudios sobre las transiciones en América Latina se han enfocado principalmente en abordar los años 1980, cuando la mayoría de los países del Cono Sur transitaban el final de las dictaduras y se abría un nuevo escenario de democracias. Una obra fundante en ese sentido fue la publicación en varios tomos de análisis sobre las transiciones democráticas que reunía trabajos de SCHMITTER, O'DONNELL, WHITEHEAD y GARRETÓN, entre otros. Ver Guillermo O'DONNELL, Philippe SCHMITTER y Laurence WHITEHEAD (comps.), *Transiciones desde un gobierno autoritario*, Buenos Aires, Paidós, 1988. Excede a este artículo un balance historiográfico sobre la significación de esa bibliografía y su influencia en los estudios posteriores. Para ello puede consultarse Guillermo MIRA DELLI ZOTTI, “Transiciones a la democracia y democratización en América Latina: Un debate desde la Historia del presente”, en Eduardo REY TRISTÁN y Patricia CALVO GONZÁLEZ, *XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles: congreso internacional*, Universidad de Santiago de Compostela, Centro Interdisciplinario de Estudios Americanistas Gumersindo Busto; Consejo Español de Estudios Iberoamericanos, 2010 (disponible *on line* en <<https://halshs.archives-ouvertes.fr/halshs-00531195>>; consulta en 31-7-2018); Gabriela ÁGUILA, “La transición a la democracia en la Argentina: balance historiográfico y notas para el debate”, en Jaime VALIM MANSAN, Jaime YAFFE y Helder GORDIN DA SILVEIRA (org.) *Transições a democracia. Europa e América Latina no século XX*, Porto Alegre, EDIPUCRS, 2017, pp. 53-66; Melina PERBELLINI, “Transiciones a la democracia, temor, incertidumbre y compromiso intelectual y político”, *Temas y Debates*, 24 (2012), pp. 159-166.

4. Maristella SVAMPA propone considerar tres momentos diferenciados en lo que refiere a los gobiernos peronistas que se sucedieron entre 1973 y 1976: la breve presidencia de Cámpora entre mayo y julio de 1973; un segundo momento desde la asunción provisional de Lastiri en julio hasta la muerte de Juan Domingo Perón el 1 de julio de 1974, y la tercera etapa desde la gestión de Isabel Perón al golpe de estado del 24 de marzo de 1976 (“El populismo imposible y sus actores, 1973-1976” en Daniel JAMES (dir.), *Violencia, proscripción y autoritarismo: 1955-1976, Nueva Historia Argentina*, T. IX, Buenos Aires, Sudamericana, 2007).

5. El concepto de *nueva izquierda* fue acuñado a principios de los años 80 por HILB y LUTSKY para identificar la especificidad de las organizaciones político militares en Argentina. Sin embargo como señala Luciana SEMINARA, “la categoría ‘nueva izquierda’ fue ampliando su marco de significaciones, dejando atrás su primera acepción en estrecha ligazón con la lucha armada como nota distintiva, e irá complejizando su uso para designar experiencias múltiples y diversas que por lo general no pudieron ser englobadas bajo la perspectiva asumida por los partidos políticos tradicionales” (“Las organizaciones armadas en la historia reciente argentina. Alcances y proyecciones de un recorrido historiográfico” en Gabriela ÁGUILA *et alii* (comps.), *La historia reciente en Argentina. Balances de una historiografía pionera en América Latina*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2018, p. 5). También puede consultarse Claudia HILB y Daniel LUTSKY, *La nueva izquierda argentina: 1960-1980 (política y violencia)*, Buenos Aires, CEAL, 1984.

1973 implica dimensionar ese aspecto menos explorado en los tiempos transicionales⁶ y que la frase de Lechner convoca: recuperar los modos en que se experimentan socialmente las salidas de las dictaduras. Es decir, revisitamos un período de la historia reciente argentina que ya ha sido trabajado, pero indagando desde otros interrogantes que incorporan los modos en que acciones, discursos, prácticas de organizaciones políticas, estudiantiles, gremiales se redefinieron ante la crisis del régimen militar y la apertura democrática⁷. La hipótesis que sustenta este trabajo supone considerar que diversas nociones de democracia circularon y fueron debatidas entre 1972 y 1973, dotando de matices y permeando el proceso de radicalización ascendente. En este sentido, asumimos que aun cuando no hubo un consenso sobre los sentidos de la democracia, en ocasiones se “cargaba con la marca fuerte de ser concebida por amplios sectores sociales y políticos como un paso previo hacia la transformación más radical de la sociedad”⁸.

Las elecciones de 1973 en Argentina, una lectura desde el Cono Sur

Hacia los primeros años de la década de 1970 era evidente la gestación o consolidación de regímenes dictatoriales en los países del Cono Sur. No nos detendremos en pormenorizar el avance de las Fuerzas Armadas en la región⁹, solo destacamos que la mayoría de los países estaban signados por un proceso de polarización social significativo, un crecimiento de organizaciones revolucionarias, armadas o no, la derechización de la estructura estatal, con una presencia indudable de las Fuerzas Armadas que en el marco de la Guerra Fría y pos revolución cubana adoptaron la Doctrina de Seguridad Nacional como trinchera ideológica frente al avance de opciones radicales, señalando los “claroscuros” de esa época¹⁰.



6. Asumimos el concepto de transición propuesto por Guillermo O'DONELL en su clásico análisis donde la caracteriza como el período que media entre la descomposición del régimen y el establecimiento de un gobierno democrático (“Transiciones, continuidades y algunas paradojas”, *Cuadernos Políticos*, n. 56 (1989)).

7. El trabajo articula el uso de fuentes secundarias que han tenido relevancia en la construcción de interpretaciones sobre el período con fuentes primarias: prensa periódica, prensa militante y fuentes orales. El trabajo sobre fuentes primarias de diverso signo ha permitido otorgar mayor complejidad al análisis de las dinámicas sociales en contextos más acotados, entendiendo cómo ese proceso encarnaba propuestas concretas.

8. Ana BARLETTA, Julia RAMÍREZ y Laura LENCI, “Democracias en pugna: un intento de recuperar los sentidos perdidos”, *Cuestiones de Sociología*, n. 9 (2013), p. 1.

9. En Brasil, la dictadura instalada en 1964 alcanzó nuevas cotas de represión luego del acto institucional número 5, dictado en diciembre de 1968, que disolvió el Congreso, suspendió las garantías individuales como los recursos de habeas corpus, otorgando al Ejecutivo plenos poderes; también se censuraron los medios y se reestructuró e intensificó la acción represiva. En Chile, el Gobierno de la Unidad Popular que se había instalado en 1970 entraba ya en un contexto de crisis y polarización social luego del paro patronal de octubre de 1972 y el primer intento de golpe en junio del año siguiente, que se concretaría unos meses después con Pinochet; la dictadura en Chile duraría hasta 1989. En Uruguay, el presidente Bordaberry disolvió el Parlamento en junio de 1973 iniciando la primera etapa de la dictadura que duraría hasta 1985; sin embargo algunas medidas tomadas con anterioridad como la Ley de Seguridad del Estado de julio de 1972 ya eliminaba potestades del poder judicial.

10. Patricia FUNES “Claroscuros de una década. Ideas en los años sesenta latinoamericanos” en Ídem (dir.), *Revolución, dictadura y democracia. Lógicas militantes y militares en la historia argentina en el contexto latinoamericano*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2016, p. 2.

Argentina no era ajena a ese escenario, pero presentaba algunas singularidades que debemos reseñar. La dictadura instalada en 1966 mostraba evidentes signos de crisis hacia inicios de la década siguiente. El proceso de radicalización que se abrió hacia 1969 con el Cordobazo, el Rosarioazo y el Tucumanazo¹¹ minó los objetivos que había propuesto la autodenominada *Revolución Argentina* y evidenció la emergencia de una cultura contestataria en la cual se revalidaron las opciones revolucionarias (entendiendo como revolucionario un amplio espectro de experiencias que combinaron tradiciones diversas) que confrontaron en forma radical el aparato del Estado¹². La proscripción del peronismo dejaba entonces de ser una opción viable para el régimen e imponía la necesidad de repensar la estrategia política. En ese marco, el general Lanusse, último presidente de la dictadura, planteó el Gran Acuerdo Nacional que se propuso la salida electoral incorporando al peronismo luego de años de proscripción política, previendo que esta estrategia era una valla de contención del proceso de radicalización¹³. Así, a inicios de la década de 1970 y en un evidente contexto general de instalación de dictaduras, ésta entraba en crisis en Argentina, iniciando un camino de apertura política, incluyendo el peronismo y en una coyuntura de movilización social creciente. Sabemos que la democracia duró poco y que en 1976 un nuevo golpe de Estado instaló la última dictadura militar que vivió el país, sin dudas la más cruenta en términos de violación a los Derechos Humanos. Esta mirada, sin embargo, no estaba en el horizonte de diversos sujetos sociales que transcurrían la posibilidad de la apertura política y la potencialidad de las elecciones que se definieron para marzo de 1973. En este sentido, sostendemos que la democracia se planteó en el plano concreto de demandas que tensionaban y articulaban ideales revolucionarios¹⁴. Es decir, aun cuando revolución y democracia planteaban universos de sentido diferentes (en ocasiones excluyentes) en los últimos meses de la dictadura de Lanusse, en el marco del Gran Acuerdo Nacional, las campañas hacia las elecciones y el gobierno de Cámpora modificaron la relación entre ambas.

11. Los llamados “azos” refiere a las intensas movilizaciones que se desplegaron en espacios regionales hacia el año 1969 en Argentina. Marcaron un punto de fuerte conflictividad social en el contexto de la dictadura de Onganía con intensas movilizaciones obreras y estudiantiles.

12. En un análisis sobre las definiciones de revolución en los años sesenta, Eduardo REY TRISTÁN plantea que en la definición del concepto fue central el debate respecto de las vías revolucionarias, señalando las diferencias entre las propuestas radicales y las reformistas; en ese marco, la opción revolucionaria ponía en entredicho la posibilidad de acceso al poder mediante elecciones (“Del etapismo a la inmediatez. Debates en torno a la idea de revolución en América Latina a partir de 1959”, *Semata. Ciencias Sociales e Humanidades*, vol. 28, (2016). Si bien este análisis no concurre para todos los casos latinoamericanos (Chile es un buen ejemplo de ello), es cierto que en Argentina este debate se presentó en algunas coyunturas y se revalidó frente a las elecciones de 1973.

13. Para un análisis de diversos aspectos del contexto del Gran Acuerdo Nacional sugerimos Alfredo PUCCIARELLI, *Argentina: La política como cultura o los años del GAN. La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.

14. Si la noción de revolución se convirtió en un registro posible en los años 60, sus sentidos fueron variables y múltiples. No nos detendremos en este punto que de por sí implicaría una reflexión más específica pero podemos señalar que los proyectos revolucionarios conjugaron propuesta transformadora-emancipatoria, lucha armada, socialismo, antiimperialismo, liberación nacional adquiriendo cada uno de esos elementos un espesor diferente según las organizaciones políticas, político-militares, pero también en agrupaciones estudiantiles y espacios sindicales.

Un acontecimiento en el cruce de temporalidades

En líneas generales, la bibliografía ha incorporado los gobiernos democráticos de 1973-1976 en temporalidades más amplias que ayudan a caracterizar ese breve interregno. Así, se ha tendido en ocasiones a incluirlo en los procesos políticos y sociales que abarcan la década de 1966 a 1976, entendiendo que la ruptura más contundente se produjo con el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976. En este tipo de trabajos, la mirada está puesta en el corte que significó la llamada *Revolución Argentina*, el proceso de radicalización creciente en los últimos años 60 como consecuencia de la proscripción y represión ejercida y la crisis de legitimidad que impidió la instalación de gobiernos estables. Pero principalmente acuerdan en considerar el 24 de marzo de 1976 como un punto de inflexión en la historia argentina, con la instalación de una dictadura cualitativamente diferente en sus prácticas represivas¹⁵.

Si bien esa periodización clásica se mantiene en gran parte de la bibliografía sobre la historia reciente argentina, hace varios años se ha puesto en discusión la idea de ruptura absoluta que habría significado la última dictadura militar. Una de las contribuciones más significativas en este aspecto ha sido realizada por Marina Franco quien, incorporando un análisis que privilegia la acción estatal, analiza el avance de la represión legal por medio de políticas institucionales en los años previos a la última dictadura militar. Sostiene que “el período 1973-1976 debe ser entendido como parte de un continuo que, con cambios y discontinuidades importantes, forma parte de una escalada de medidas de excepción estatal iniciada como mínimo con la dictadura de la “Revolución Argentina” (1966-1973)¹⁶. Por su parte, Roberto Pittaluga ha propuesto un recorrido similar al pensar el problema de la represión y la violencia institucional previa al golpe de estado, señalando que para un análisis del período considerar alternancia de democracia y dictaduras deja de tener sentido, permitiendo pensar en clave de continuidad de larga data las dos dictaduras y el intermedio gobierno peronista¹⁷. Gabriela Águila constata que los trabajos más recientes en esta línea “están mostrando un panorama novedoso, que además de contribuir a la problematización sobre las continuidades entre la dictadura y los años previos, da cuenta de las especificidades del proceso de violencia política y represiva que la antecedió”¹⁸.

Las lecturas reseñadas plantean diversos caminos para comprender la coyuntura de 1973, ya sea pensando en términos de continuidades con procesos posteriores o bien incluyéndola en una temporalidad que la articula con los procesos sociales y políticos previos. Sin desdeñar esas interpretaciones, lo que aquí planteamos es que en la



15. En esa línea puede pensarse el libro de Liliana DE RIZ, *La política en suspenso 1966-1976*, Buenos Aires, Paidos, 2000; Óscar ANZORENA, *Tiempo de violencia y utopía (1966-1976)*, Buenos Aires, Contrapunto, 1988. Asumiendo periodizaciones más amplias que mantienen el corte en 1976 podemos señalar los libros siguientes: Daniel JAMES, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora, 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990; ídem (dir.), *Violencia, proscripción y autoritarismo: 1955-1976, Nueva Historia Argentina*, T. IX, Buenos Aires, Sudamericana, 2007.

16. *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y subversión, 1973-1976*, Buenos Aires, FCE, 2012, p. 18.

17. “Reflexiones y debates sobre el pasado reciente y su estudio”, en Ernesto BOHOSLAVSKY *et alii*, *Problemas de historia reciente del Cono Sur*, Buenos Aires, Prometeo, 2010, t.1.

18. “La represión en la historia reciente como objeto de estudio: problemas, novedades y derivas historiográficas”, en ÁGUILA *et alii* (comps.) *La historia reciente en Argentina*, p. 63.

construcción de periodizaciones más amplias la pregunta por la salida democrática pierde sentido, y lo pierde especialmente al calor de una temporalidad más vasta donde se inscribe el análisis. En ese sentido, proponemos poner en suspenso esa temporalidad para pensar las prácticas y los sujetos sociales en una coyuntura específica donde las elecciones fueron parte de la agenda junto a los proyectos revolucionarios y a la crisis institucional de un régimen dictatorial existente, también frente a las nuevas modalidades que adoptaba la represión y la violencia estatal. Ello no significa negar las continuidades que ya varios autores han planteado tanto en políticas estatales, rol de las Fuerzas Armadas, o las rupturas en las que insisten cuando analizamos las particularidades de las organizaciones político-militares y los proyectos revolucionarios que se sostenían en la lucha armada. Más bien tendemos a pensar que modificamos nuestra lente para analizar procesos más acotados que escapan a estos planteos permitiéndonos historizar y pensar marcos explicativos diferentes a los señalados.

Siguiendo esta propuesta, nos detenemos en esa temporalidad breve y efímera de finales de la dictadura y los primeros meses de gobierno de Cámpora en tanto sostenemos que en ese interregno la democracia como horizonte tensionó y articuló parte de los proyectos revolucionarios y erosionó una dictadura de por sí deslegitimada, siendo advertido especialmente si lo miramos al ras del suelo, es decir en las prácticas cotidianas.

La apertura política y las opciones revolucionarias. Los posibles sentidos de la democracia

10

Para 1972 era evidente el fracaso del Gran Acuerdo Nacional como dique de contención del proceso de radicalización abierto y como proyecto político definido desde las Fuerzas Armadas. Para entonces, Perón asumía desde el exilio el rol de organizador del proyecto de *democracia integrada* que incluía a las fuerzas partidarias tradicionales, la Confederación General del Trabajo y la Confederación General Económica, al tiempo que fogoneaba la organización de los sectores radicalizados del peronismo¹⁹. En ese marco de crisis de institucionalidad política y de ascenso de la movilización, se abrió el camino a las primeras elecciones post 1955 sin proscripción del peronismo.

La crisis institucional y salida de la dictadura fue leída de modo diferente por los actores que participaron en ese proceso, entendiendo que en ello se conjugaban diversos factores donde la radicalización política creciente y la perspectiva de un proyecto revolucionario jugaron un papel central, tanto para quienes lo alentaban como para aquellos que buscaban frenarlo.

En ese marco general suele destacarse el rol que tuvieron las organizaciones político-militares frente a la apertura política²⁰. María Matilde Ollier plantea que la

19. Ana BARLETTA y Jorge CERNADAS, “Argentina, 1973-1976: de la “democracia integrada” al terrorismo de estado”, *Matériaux pour l’histoire de notre temps*, 81 (2006), p. 16, en <<https://www.cairn.info/revue-materiaux-pour-l-histoire-de-notre-temps-2006-1.htm%3E>> (consultado 15-7-2018).

20. No nos detendremos en este artículo en ponderar el análisis que realizaron los partidos tradicionales, para quienes la salida democrática no significaba un espacio de tensión o conflicto en sus prácticas políticas, sino que nos ocuparemos de aquellos sectores a los cuales la salida democrática les imponía un posicionamiento que en ocasiones difería con las prácticas y sentidos que venían asumiendo.

posibilidad de una salida democrática no tuvo un significado importante para quienes habían asumido la lucha armada: “La izquierda revolucionaria no entendió en 1973 que se abría en el país la posibilidad de construir un régimen democrático. No alcanzó a comprender –enfrascada en su ideología– que el ciclo de los golpes y de las revoluciones iniciado en 1930 comenzaba a extinguirse”²¹. Es interesante el análisis de Ollier por la carga de sentidos que impone sobre las elecciones como posible salida de las cíclicas dictaduras pero especialmente por la carga que inscribe en las organizaciones político-militares respecto de lo que considera un error de comprensión.

En otra línea, Pilar Calveiro marca diferenciaciones respecto del modo en que las organizaciones armadas dieron sentido a los sucesos de 1973. Según esta autora, el ERP (brazo armado del PRT) consideraba por definición ideológica que las elecciones y la democracia formaban parte de la lógica burguesa y por tanto eran contrarias a los intereses populares, minimizando la significación que la coyuntura electoral pudo tener entre sus militantes²². Asimismo, sostiene que las organizaciones armadas peronistas que confluyeron luego en Montoneros tuvieron un análisis diferente de la participación en las futuras elecciones y del Gobierno elegido en las urnas donde se amalgamaba la lucha antidictatorial, la salida democrática con la transformación social, asumiendo en la práctica un rol decisivo en la campaña electoral,

ocupando un lugar virtualmente vacío en ese momento dentro del peronismo, la estructura de la Juventud Peronista, los grupos armados se lanzaron a la organización y movilización de importantes sectores populares a los que hasta entonces no habían tenido acceso y comenzaron a crecer. Su participación apasionada y sorprendentemente numerosa en las gigantescas manifestaciones de la campaña electoral [...] selló una pertenencia real ya no meramente enunciada a ese peronismo contradictorio que irían conociendo con un desconcierto creciente²³.

Es importante destacar que aun cuando las elecciones fueron pensadas y referenciadas de diferente modo en las organizaciones marxistas y peronistas, lo cierto es que no pasaron inadvertidas para ninguna de ellas y generaron tensiones entre las condiciones históricas concretas y las concepciones revolucionarias. En primer lugar, porque en líneas generales las organizaciones político-militares asumieron la salida de la dictadura como el resultado de una lucha popular antidictatorial exitosa, que además acompañaba y simpatizaba con la lucha revolucionaria, permitiéndoles inscribirse en ese proceso social más general. Pero además este proceso implicó debates y diferencias al interior de las agrupaciones de izquierda armadas o no armadas²⁴. Quizás por las características específicas, es necesario detenerse en lo que significó la salida electoral para el PRT-ERP, que desde la proclamación del Gran Acuerdo Nacional hasta las elecciones de 1973 discutió el tema en las diversas reuniones del Comité Central y a través de su prensa. En líneas generales, su posicionamiento era de denuncia de lo que consideraban una farsa electoral burguesa que intentaba detener el proceso



21. *De la revolución a la democracia. Cambios privados, públicos y políticos de la izquierda argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009, pp. 22-23. Este planteo mantiene cierta continuidad con otros trabajos anteriores de la autora.

22. *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*, Buenos Aires, Norma, 2005, p.71.

23. *Ibidem*, p. 81.

24. El posicionamiento de las organizaciones de izquierda fue variado. Vanguardia Comunista y PCR llamaron a votar en blanco; el PST presentó su propia lista y el Partido Comunista acompañó la fórmula de la Alianza Popular Revolucionaria.

revolucionario. Sin embargo, es evidente que a medida que se acercaban las elecciones las posiciones al interior de la organización se diversificaron. En la reunión de febrero de 1973, el Comité Central mencionaba que, si bien la definición del partido ya había sido explicitada, se relevaron los informes de las regionales respecto “del estado de ánimo de las masas y las perspectivas electorales”. Evaluadas las posiciones de voto en blanco y abstenciones, se planteó tomar como válida esta última opción, aclarando que “la posición de abstención adoptada no es la más correcta, sino [sic] a la posición que la organización se vio obligada por el déficit en el trabajo legal que impidió se lograra la activa línea intervencionista que hubiera sido más eficiente para dificultar las maniobras del enemigo y lograr el máximo aprovechamiento de los resquicios legales”²⁵. A ello debemos sumar el intento frustrado de proponer una candidatura popular para las elecciones de septiembre de 1973, señalando que la crítica a la democracia burguesa no implicaba desconocer los resquicios legales que ella habilitaba para sus propios objetivos. Pablo Pozzi sostiene que el posicionamiento del PRT-ERP varió significativamente entre finales de 1972 y septiembre de 1973, planteándose la posibilidad de participar en las elecciones. Ello supuso la asunción de una concepción política a favor de las libertades democráticas y de gestación de espacios de democracia popular, teniendo desigual proyección en ambas propuestas²⁶.

Sin embargo, lo que más evidenció las divisiones respecto de la apertura política en esta organización fue la escisión de la agrupación ERP 22 de agosto, producida por un grupo de militantes en la ciudad de Buenos Aires que planteaba el llamamiento a votar en las elecciones acompañando la fórmula del FREJULI. Para Eduardo Weisz, esa escisión se nutría de diversas cuestiones destacando las tensiones existentes en el PRT-ERP y especialmente la modificación de la política de masas a través de los Comités de Base, que permitieron el acercamiento de militantes a sectores populares peronistas y una modificación en la comprensión de los mismos²⁷.

Para Montoneros y las agrupaciones peronistas de superficie que se articularon en torno a la Tendencia Revolucionaria²⁸, las elecciones también jugaron un lugar clave. Si inicialmente Montoneros dudaba de la posible salida electoral, para agosto de 1972 ya evaluaba la posibilidad efectiva del retorno de Perón. Desde entonces, el retorno y la campaña electoral por un candidato del FREJULI fueron potenciadas desde la organización guerrillera²⁹. Las agrupaciones peronistas de la Tendencia Revolucionaria

25. Resoluciones del Comité Central del Partido Revolucionario de los Trabajadores, *El Combatiente* nº 76, marzo 1973, p. 6 y 7.

26. La candidatura de Tosco y la creación del Frente Antimperialista Socialista habrían sido menos efectivas que los intentos de gestar espacios de democracia popular en las fábricas (Pablo POZZI, *Por las sendas argentinas, El PRT/ERP, la guerrilla marxista argentina*, Buenos Aires, Eudeba, 2001, pp. 316 y ss.).

27. “ERP 22 de agosto, una fracción pro Cámpora en el PRT – ERP”, en *Lucha Armada en la Argentina*, n. 2 (2005), p. 34.

28. Constituían la Tendencia Revolucionaria un conjunto de organizaciones de superficie de Montoneros, Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y el Peronismo de Base (PB). A modo de exemplificar y sin ser exhaustivos podemos mencionar el Movimiento Villero Peronista, la Juventud Peronista, Juventud Universitaria Peronista, Unión de Estudiantes Secundarios, Juventud de Trabajadores Peronistas, Juventud Peronista Regionales, Rama Femenina. Todas ellas naciendo y creciendo al calor de la coyuntura 1972-1973.

29. Javier SALCEDO plantea que para algunos sectores de la militancia, las elecciones eran menos importantes que el regreso de Perón (*Los Montoneros del barrio*, Buenos Aires, UNTREF, 2011, p. 126).

encabezaron la campaña electoral a favor de la candidatura de Cámpora-Solano Lima, formando parte del Movimiento Nacional Justicialista junto a otros sectores del peronismo e imprimiendo un carácter singular a la campaña Luche y Vuelve y a las elecciones. Asimismo, ese proceso generó el crecimiento numérico de las agrupaciones peronistas vinculadas a Montoneros.³⁰

Consideremos brevemente el posicionamiento de otras organizaciones políticomilitares peronistas. Las FAR, por su parte, apoyaron la realización de los comicios y la candidatura de Cámpora, se unieron a la campaña electoral con Montoneros abriendo Unidades Básicas, pegando afiches y realizando pintadas. Sin embargo, asumieron esta como una táctica para su objetivo central, la creación del ejército popular, rescatando su autonomía en término de definiciones y método³¹. Por su parte, las FAP también fueron conmocionadas por la apertura política a pesar de que su posicionamiento significó el no apoyo a la candidatura. Para Marcelo Raimundo, el cierre hacia adentro de la organización iniciada con el Proceso de Homogeneización Política Compulsiva dejó profundas secuelas que se evidenciaron en la coyuntura de apertura política con la diferenciación de posturas respecto del apoyo a Perón; así, la línea alternativista rechazaba la participación en las estructuras formales del movimiento peronista, diferenciándose de FAR y Montoneros y llamando al voto en blanco, mientras que un sector disidente, la regional Buenos Aires, acompañó a la Tendencia Revolucionaria³².

Como advertimos, los cambios en la caracterización de la apertura política, el inminente regreso de Perón y las elecciones realizadas efectivamente a principios de 1973 generaron un clima de debate intenso, conmocionando a las organizaciones guerrilleras y las agrupaciones de superficie, involucrando un escenario amplio en donde las elecciones estaban en el centro del debate mucho más allá de los tradicionales partidos políticos.

Si hasta aquí nos hemos detenido brevemente en pensar y redefinir cómo la salida de la dictadura planteó un dilema para las organizaciones revolucionarias y la significación que hicieron de la democracia y el proceso electoral, nos interesa salir de este registro para pensar los posibles sentidos que esa coyuntura planteó en otros escenarios, como son los espacios gremiales y estudiantiles. Con ello nos proponemos dejar de lado los apoyos efectivos a candidatos en las elecciones, la democracia formal, para entender cómo en la práctica se tradujeron diferentes estrategias que combinaron la radicalización creciente con perspectivas democratizadoras, más cercanas en todo caso a una democracia popular. En este sentido, es posible pensar que algunos espacios se abrieron a la participación política y se gestaron prácticas democratizadoras que en un mismo movimiento cuestionaban la intervención militar, las viejas prácticas político-partidarias y articulaban proyecto revolucionario y democracia. Para gran parte de la



30. Ya varios autores han planteado estas cuestiones. Ver Richard GILLESPIE, *Montoneros. Soldados de Perón*, Buenos Aires, Grijalbo, 1988; Lucas LANUSSE, *Montoneros. El mito de sus doce fundadores*, Buenos Aires, Vergara, 2005; Laura LENCI, “Campo al Gobierno, Perón al Poder. La tendencia revolucionaria del peronismo ante las elecciones del 11 de marzo de 1973”, en PUCCIARELLI (ed.), *La primacía de la política*; SALCEDO, *Los Montoneros del barrio*.

31. Mora GONZÁLEZ CANOSA, “¿Democracia y/o Revolución? Las Fuerzas Armadas Revolucionarias frente a la coyuntura electoral: los comicios, la revolución y la lógica instrumental (Argentina, 1972-1973)”, *Izquierdas*, 38 (2018), pp. 177 y ss.

32. “Izquierda peronista, clase obrera y violencia armada: Una experiencia alternativa”, *Sociohistórica*, n. 15-16 (2004), pp. 99-12, en <<http://www.sociohistorica.fahce.unlp.edu.ar>> (consultado 20-4-2018).

sociedad, pero especialmente para los sectores más politizados, el fin de la dictadura adquiría un sentido central para la consecución de ese proyecto.

La coyuntura abierta a mediados de 1972 no solo abrió el debate sobre las elecciones, sino que señaló dos cuestiones centrales. En primer lugar se evidenció un notable interés y presión social por la salida democrática, permitiendo advertir que para una buena parte de la población no era lo mismo vivir en dictadura que en democracia. En segundo, que el contexto de resquebrajamiento del régimen militar y el proceso de radicalización habilitaron la demanda por la ampliación de participación y acción política en ámbitos sindicales, fábricas y espacios institucionales, como los educativos.

Ya varios trabajos han ahondado en los cambios que se gestaron en el sindicalismo luego de la coyuntura abierta por el Cordobazo; no nos detendremos en ello sino para puntualizar que entre 1972-1975 fue un momento en que la burocracia sindical fue jaqueada desde posicionamientos disidentes en algunas regiones del país. En ese marco, la confrontación con el viejo sindicalismo en las elecciones gremiales y el activismo en las fábricas fueron centrales para constituirse en portadores de la demanda de democracia de base que se vio favorecida con el clima de efervescencia que produjo la vuelta a la democracia³³. En este sentido, Pittaluga ha planteado la necesidad de repensar experiencia política obrera en donde el concepto de democracia acuñado por los trabajadores debe ser comprendido menos desde la lógica de la representatividad, aunque la contuviera y más como práctica para la política emancipatoria³⁴. La democracia en las fábricas emergía así como un proyecto que en la medida que luchaba contra lo viejo incorporaba parte del proyecto transformador de la sociedad. Asimismo, Pozzi ya había señalado en su estudio sobre el PRT la importancia que la democracia popular había tenido para esta organización, especialmente entendiéndola en relación a la clase obrera. En esa línea ha destacado en julio de 1973 la creación del Movimiento Sindical de Base, que reunió a diversas agrupaciones sindicales cuya posición se sintetizaba en antiburocrática, antipatronal y antiimperialista³⁵.

Por otra parte, algunas investigaciones han indagado en la relación que se estableció entre trabajadores y el gran arco de agrupaciones de izquierda. El estudio sobre las experiencias de organización obrera de base y su articulación con las organizaciones político-militares ha permitido profundizar en las nuevas modalidades de lucha que pusieron en cuestión las estructuras de poder sindical, gestándose instancias de horizontalidad en prácticas políticas y marcando un proceso de radicalización creciente en las fábricas³⁶. Sin embargo, numerosos trabajos han señalado

33. En esa línea se puede consultar los trabajos de Daniel DICÓSIMO, “La lucha por el poder sindical en el interior de la provincia de Buenos Aires durante los años ’70. Política obrera, representación y orden productivo”, en ídem y Silvia SIMONASSI (comp.) *Trabajadores y empresarios en la Argentina del siglo XX: indagaciones desde la historia social*, Buenos Aires, Prohistoria, 2011, pp. 49-64; Victoria BASUALDO y Federico LORENZ, “Los trabajadores industriales argentinos en la primera mitad de la década del 70: propuestas para una agenda de investigación a partir del análisis comparativo de casos”, *Revista Paginas*, n. 6 (2012), en <<http://revistapaginas.unr.edu.ar/index.php/RevPaginas/article/view/97>> (consultado 24-6-2018).

34. “La inteligencia obrera. Notas sobre la experiencia política de los trabajadores en los años ’70”, *Cuadernos LIRICO*, n. 15 (2016), p. 8, <<http://lirico.revues.org/2845>> (consultado 19-10- 2017).

35. *Por las sendas argentinas*, pp. 335 y ss.

36. Para una revisión del tema se puede consultar Andrea ANDÚJAR, “Combates y experiencias. Las luchas obreras en Villa Constitución (1974-1975)”, *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política*, n. 6 (1998), pp. 93-146; Pablo POZZI y Alejandro SCHNEIDER, *Los setentistas. Izquierda y clase obrera 1969-1976*, Buenos Aires, Eudeba, 2000.

las tensiones existentes entre la concepción de las organizaciones político militares respecto del rol de la lucha en el ámbito sindical y las prácticas efectivas de agrupaciones obreras que tenían otra tradición y cultura política, entendiendo que la lucha armada no fue un piso sobre el cual se asentaron las demandas obreras³⁷.

Otras manifestaciones que tuvieron un tenor diferente, pero que pueden ser leídas en la misma clave, fueron la realización de tomas de instituciones, específicamente de ámbitos educativos, apenas finalizada las elecciones que dieron como ganador a Hector Cámpora. Las tomas de instituciones públicas se sucedieron en todo el país en forma más o menos simultánea entre mayo y junio de 1973. No tuvieron un tiempo específico, algunas duraron días, otras semanas y los objetivos también variaron. Sin embargo, su dinamismo fue relevante: mostraron a la sociedad y al nuevo gobierno democrático la incidencia de las organizaciones políticas peronistas, la brecha entre la Tendencia Revolucionaria y las del peronismo ortodoxo que fue *in crescendo*, así como un proceso de participación política que excedía esos marcos referenciales. Respecto de las tomas de ámbitos educativos, Flabián Nievas señala que fueron las más significativas en relación al conjunto de tomas realizadas y afectando a instituciones de todos los niveles³⁸. La alta conflictividad en ámbitos educativos da cuenta de un proceso de movilización creciente de generaciones jóvenes que participaron de diverso modo en las acciones contra la dictadura y de cara a las elecciones, dando cuenta de la necesidad de recuperar una clave generacional que suele ser señalada y poco abordada para este período³⁹.

Es interesante destacar que las tomas de escuelas y universidades permitieron gestar espacios de organización estudiantil con itinerarios diferentes que incluyeron un amplio abanico de demandas y plantearon la modificación de la situación institucional, reclamando la renuncia de las autoridades que provenían de la dictadura, un esquema de cambios en los planes de estudios con injerencia estudiantil, la realización de elecciones de centro de estudiantes⁴⁰ y la modificación de normativas respecto de la vestimenta de estudiantes. Lo cotidiano, el cabello, las sanciones, la ropa, el plan de estudios o la creación del centro de estudiantes, eran demandas que la coyuntura de apertura política habilitaba a reclamar.

37. Federico LORENZ, por ejemplo, ha destacado las tensiones entre la agrupación de base Alessio de Astarsa vinculada a la JTP y el proyecto de Montoneros (*Los zapatos de Carlito, una historia de los trabajadores navales de Tigre en la década del setenta*, Buenos Aires, Norma, 2007, pp. 90 y ss). También BASUALDO y LORENZ, “Los trabajadores industriales argentinos en la primera mitad de la década del 70”.

38. “Las tomas durante el gobierno de Cámpora”, tesis de maestría, Universidad de Buenos Aires, 2000, p. 157.

39. Para Argentina el estudio sobre juventudes en este período ha sido trabajado fundamentalmente por Valeria MANZANO, *La era de la juventud en Argentina. Cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla*, Buenos Aires, FCE, 2018. En los estudios sobre la democratización a finales del franquismo y la participación juvenil puede consultarse bibliografía específica: Óscar MARTÍN GARCÍA, Damián GONZÁLEZ, y Manuel ORTIZ, “Envenenando a nuestra juventud”. Cambio de actitudes y militancia juvenil durante el segundo franquismo” en *Historia Actual Online*, 20, (2009), <<http://www.historia-actual.org/Publicaciones/index.php/haol/article/view/312/321>> (consultado en 24-11-2018). Para una revisión actualizada sobre participación social en la transición española puede consultarse VVAA, *Las otras protagonistas de la Transición. Izquierda radical y movilizaciones sociales*, Madrid, Descontrol, 2018, <http://www.fundacionsseguí.org/madrid/files/books/las_otras_protagonistas_libro.pdf> (consulta en 24-11-2018)

40. Si bien el ministro Taiana derogó la ley que impedía organizar centros de estudiantes el 31 de mayo de 1973, no todas las escuelas abrieron el camino a su realización.

La organización para llevar adelante las demandas estuvo vehiculizada principalmente por agrupaciones de bases vinculadas a la nueva izquierda, mayormente peronistas. La Unión de Estudiantes Secundarios, relacionada con la Tendencia Revolucionaria, fue una de las organizaciones creadas al calor de los sucesos que tuvo a la vez participación en las tomas y mayor crecimiento en militancia. Sin embargo, eso no quita que otras agrupaciones estudiantiles también tuvieran significativa presencia en el proceso. Entre las más viejas, o al menos de mayor tradición en las escuelas, se encontraban la Federación Juvenil Comunista, la Tendencia Estudiantil Revolucionaria por el Socialismo, agrupaciones más recientes vinculadas al peronismo ortodoxo como la Juventud de Secundarios Peronistas⁴¹ o agrupaciones de izquierda como Vanguardia Comunista⁴² y Juventud Guevarista entre las más conocidas.

En Buenos Aires, la Unión de Estudiantes Secundarios, se atribuyó un gran número de tomas de escuelas secundarias, catorce en Capital Federal y treinta en provincia⁴³. Los reclamos centrales correspondían a la destitución de las viejas autoridades, la eliminación de la asignatura “Educación democrática”, que para julio ya se había modificado. Reclamaban además una escuela al servicio del pueblo y la mayor participación de estudiantes en las problemáticas institucionales⁴⁴.

En la provincia de Santa Fe y específicamente en la ciudad de Rosario, la toma de instituciones educativas fue mayor en relación al resto del país⁴⁵. En esta ciudad casi todas las escuelas públicas y privadas (todas ellas confesionales) fueron tomadas, señalando una presencia de agrupaciones muy diversas y con objetivos también disimiles. Por citar un caso, señalamos la toma del Instituto Superior de Comercio, escuela secundaria dependiente de la Universidad Nacional de Rosario. Allí la toma duró varios meses con una fuerte presencia de la UES liderando el proceso, pero con una gran cantidad de agrupaciones participando. No solo se reclamaba contra el continuismo, sino que la UES tenía como objetivo instalar una candidatura para la dirección. Sin embargo, la gestión de la universidad designó al contador J. Eduardo Barbosa, vinculado a la Confederación Nacional Universitaria, asumiendo el 29 de junio de 1973. La prensa señala que “entre la concurrencia había un nutrido grupo de alumnos del establecimiento que entonaban estribillos partidarios y alusivos a los diferentes sectores del peronismo. Había quienes vivaban por ‘la patria socialista’” y quienes lo hacían por la ‘patria peronista’. Asimismo se desplegaron grandes cartelones con las leyendas FAR, FAP y Montoneros”⁴⁶.

41. La Juventud de Secundarios Peronistas era una agrupación estudiantil vinculado al peronismo ortodoxo, cercana a Guardia de Hierro.

42. Sin ser una agrupación mayoritaria, Vanguardia Comunista tuvo una de sus primeras bajas entre los estudiantes secundarios cuando Miguel Carlos Sfeir murió asesinado en los acontecimientos del 25 de mayo. Esa misma noche cayó también Oscar Horacio Lisak de la UES, ambos en el marco del llamado Devotazo (ver “La verdad sobre Villa Devoto”, *El Descamisado*, 3 (1973)).

43. “Unir la Escuela al pueblo”, *Ya es tiempo del pueblo*, 3 (1973) pp. 14 y 15.

44. *Ibidem*.

45. NIEVAS, “Las tomas durante el gobierno de Cámpora”, p. 165.

46. “Asumió ayer el interventor de la escuela Superior de Comercio Libertador San Martín”, Diario *La Capital*, 30-6-1973, p. 6. Para Jorge P. militante de la UES y estudiante del Superior de Comercio de Rosario, la escuela vivía tiempos de gran efervescencia, existiendo una amplia cantidad de agrupaciones: “el Superior era la caldera del diablo (risas), hasta había organizaciones sionistas de izquierda”, sin embargo la UES era la agrupación más importante en cantidad de militantes. Entrevista realizada en 2011.

Las tomas no tuvieron las mismas características, sino que señalaron divergencias en cuanto a las especificidades de las instituciones y agrupaciones que participaban. En el Nacional 1 de la ciudad de Rosario, el acontecimiento tuvo otros derroteros, en principio porque ya existía un centro de estudiantes que aglutinaba a agrupaciones políticas diversas y que en asamblea definió la toma⁴⁷. Esta fue acordada con las autoridades y se propuso como objetivo principal acompañar la lucha de otros establecimientos y defender el nuevo gobierno nacional contra el continuismo⁴⁸. Más allá de las diferencias, la creación del centro de estudiantes y la realización de elecciones de delegados jugaron un papel central en la toma de las instituciones. Asimismo, cabe recordar que tanto en Rosario como en Buenos Aires se crearon coordinadoras de estudiantes secundarios que nuclearon a representantes de diversas agrupaciones y escuelas, señalando la dinámica específica que adquirió la vida política en estos ámbitos apenas iniciada la democracia.

En las universidades, las tomas conmocionaron a las instituciones nacionales, tanto tecnológicas como católicas. En algunos casos, las tomas fueron realizadas por agrupaciones no docentes o agrupaciones estudiantiles con intenciones de evitar el continuismo o acompañar la gestión interventora dispuesta por Cámpora. Cuando la ocupación estuvo organizada por estudiantes, es posible advertir que en general lideraban el proceso agrupaciones pertenecientes a diversas tendencias del peronismo (JUP, FEN-OUP)⁴⁹. Un caso diferente es el de la Universidad Católica en Santiago del Estero. Allí la toma se inició en 1972 con un pliego de reivindicaciones que incluyó el reclamo de estatización de la universidad. Ante ese hecho, el Consejo Superior cerró la institución por tiempo indeterminado. Días antes de la asunción de Cámpora, padres y estudiantes realizaron una huelga de hambre y varias movilizaciones por el centro de la ciudad. A mediados de junio y en un contexto conflictivo, se estableció un acuerdo que permitió la apertura de la Universidad y la participación de estudiantes en sus órganos administrativos, sin obtener la estatización deseada. Lo interesante de este hecho es que, si bien fue apoyado por varias agrupaciones, en una de las manifestaciones se leyó un comunicado del ERP y la prensa partidaria utilizó este hecho para señalar la presencia significativa de la organización guerrillera en la toma. Interesantes son las conclusiones que *El Combatiente* realiza del hecho:

En primer lugar señalemos la importancia de la radicalización política del estudiantado universitario y secundario santiagueño [...]. Pero al mismo tiempo debemos analizar críticamente la conducción de las luchas que no permitieron recoger algunos frutos que ya estaban maduros a causa en parte de su falta de madurez y experiencia y en parte tal vez a que algunas direcciones de nucleamientos y agrupaciones entraron a negociar

47. El Centro de estudiantes del Nacional se conformó antes de la toma y mediante elecciones. La lista ganadora incluía representantes de la JSP, UES, sectores del PSP y militantes de la FJC. Entrevista a Matías L. delegado del centro de estudiantes de 1973 por la JSP. Entrevista realizada en febrero de 2017.

48. Matías L. relata: “El primer paso fue notificar nuestra decisión a la rectora Mabel Stockle, un episodio risueño que recuerdo muy especialmente. [...] Con ella acordamos que nos haríamos responsables de todos los bienes del establecimiento mientras durara la toma. Cosa que hicimos, firmando un acta ante la Asociación de Padres y la Cooperadora. Entonces pasamos a ocupar el colegio y el CE, transformado en Comité de Toma, se instaló en la Rectoría”.

49. No ahondaremos en ello porque ya ha sido trabajado por Laura RODRÍGUEZ, “La universidad durante el tercer gobierno peronista (1973-1976)”, *Conflictos Sociales*, n. 12 (2014), en <<http://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/CS/article/view/580/517>> (consultado el 15-5-2018).

extemporáneamente cuando la situación permitía aún aumentar la presión a través de las luchas y movilizaciones⁵⁰.

La lectura de la organización estaba cruzada por las propias expectativas revolucionarias y consideraba a la lucha santiagueña significativa en agitación pero limitada en sus alcances. La reflexión nos invita a pensar en las tomas como instancias atravesadas, tensionadas y articuladas por dos ejes. Por un lado, como espacio de agitación política radicalizada en el cual crecieron y se multiplicaron agrupaciones de base vinculadas a organizaciones que adscribieron a un proyecto revolucionario. Por otro, definidas por un conjunto de demandas ancladas en la cotidianeidad de las instituciones, asumiendo formas concretas de democratización y participación que involucró canales formales y legales para su desarrollo.

Pero además las tomas se produjeron ya realizadas las elecciones, cuando quienes participaban en ellas asumían que sus reclamos podían ser escuchados. La salida de una dictadura, el fin de las proscripciones políticas y un gobierno democrático (para algunos popular, para otros una farsa burguesa más) alentó a la organización y participación en asambleas, centros de estudiantes, coordinadoras de lucha ampliando los espacios de democracia desde abajo, abriendo lugar para la política de los deseos.

Reflexiones finales

Hemos retomado una coyuntura difícil de caracterizar en términos de transición de una dictadura a democracia, o que ha sido menos explorada en esa línea. Probablemente en ello concurren diversos factores: el hecho de que los debates realizados desde las ciencias sociales se han asentado más sobre las transiciones a la democracia en los años 80, la centralidad de algunas lecturas en torno a la radicalización política o las continuidades de elementos entre la coyuntura democrática abierta en 1973 y la dictadura posterior. Sin desconocer los ricos y profundos aportes que esas lecturas nos han brindado, este artículo se ha propuesto volver sobre ese escenario social y político complejo, denso y difícil de caracterizar para reflexionar sobre el rol que la coyuntura de apertura política y las elecciones mismas tuvieron para los sujetos sociales que la transitaron. En ese sentido, planteamos reinstalar el debate en la arena social, más cerca de los deseos y los miedos sobre los cuáles se preguntaba Norberto Lechner.

No hemos pretendido realizar un desarrollo sistemático y profundo, sino plantear algunas reflexiones en torno a los diversos modos en que la democracia fue concebida en un momento clave de ascenso de la movilización social y cómo ello se tradujo en prácticas sociales específicas. En esa línea, hemos advertido que en ocasiones la posibilidad de democracia no se planteó como lejana ni opuesta a la opción revolucionaria sino articulada tensamente con ella. Esa articulación fue posible porque el nuevo escenario abierto suponía la relectura de la situación política y los posicionamientos propios, especialmente para aquellos sectores de la sociedad que se habían incorporado a la política recientemente, en un contexto de gobiernos dictatoriales y ajenos a la tradición democrática. Las elecciones y fundamentalmente la asunción de un Gobierno que se consideraba popular habilitaba a lecturas sobre la existencia de un escenario propicio para la concreción de las propias demandas, la barrida de los resabios de la dictadura y la apertura y modificación de los ámbitos de trabajo y estudio.

50. *El Combatiente*, n. 82 (1973), p. 8.

Pero fue posible además porque el concepto de democracia acuñado en esa coyuntura era más cercano a la democracia popular, a las prácticas horizontales en los espacios cotidianos que resignificaban el sentido de la política y lo político. Con todo, se evidenciaban fuertes tensiones, no solo entre dos tipos de democracia que las elecciones ponían en disyuntiva y que fueron incluso más evidentes de cara a las elecciones de septiembre de 1973, sino porque las prácticas sociales en las fábricas, las organizaciones sindicales de base, las tomas y las agrupaciones estudiantiles tenían una dinámica propia, diferente que cruzaba el escenario de lo posible en los ámbitos que se desarrollaban, que disputaban el espacio con propuestas que podían encuadrarse en el resquicio de legalidad que las instituciones permitían y que en ocasiones entraba en contradicción con la opción armada y el proyecto de transformación social.

